

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

DALÍ, SALVADOR. *The Secret life of Salvador Dalí*. Vision Press Limited. Londres. 156 p.

"Sólo hay una cosa en el mundo peor que el que hablen de uno, y es que no hablen".

Oscar Wilde.

Es imposible distraer todo recuerdo de Salvador Dalí fuera de su vera efigie, tal como lo están acuñando desde hace veinte años, o más, él mismo —en primerísimo término, como lo demuestra este libro escrito dentro de lo que hoy Malroux llama *antimemoria*, o algo por el estilo, ciertamente— y sus parciales, amigos o enemigos. Si alguien en el mundo moderno ha causado sorpresa y maravilla es Dalí, cuya imagen, ocupada siempre en un tráfago incansable de vistosidad, de hacerse propaganda, de "gestos", rueda de libro en libro, de revista en revista, de folletín en folletín, con ocasión de su pintura y mucho más sin ella. Pertenece, *por sí*, este Dalí a la inefable especie de los hombres públicos. Sus actos emanan —aceptémoslo ahora— de una necesidad exterior, expresiva, pública y colectiva. Por eso, salvo la opinión de los personajes vulgares o de los pusilánimes y de los que padecen de una especie de *impotentia satisfactions*, la reputación merecida de Dalí se ha convertido en un depósito de la curiosidad ajena. ¡Hay que ver! Nada de su insólita catadura —distendida, quijotesca, zumbona— escapa a la penetración torcida de la malicia popular. Tal es, sin disputa, el vehículo de su fama colectiva. Cabe decir que, en un instante, atrae el prestigio o el desprestigio, el cual siempre se da la maña de transformarse en el otro; sí, le atrae en un instante, porque nadie, encandilado por su atuendo, ve más allá de él: ni ve su arte, ni sus engendros surrealistas, ni sus agudezas intelectuales —de las que ostenta, por cierto, con abundancia en este libro. Una vez que aparece así, por obra y gracia de las potencias del ingenio, comienza a henchirse soberanamente su propio perfil, que, elástico y triunfante, pasa a tener la valoración del supremo espectáculo. Le acontece, justamente, lo contrario de lo que le pasa a los "cautelosos", quienes se sustraen al barullo del gentío que enciende la plaza pública para diluirse en su secreta intimidad. Toda la vida de Dalí busca, mírese por donde se le mire, la exhibición, el chorro fresco y tumultuoso de la vitalidad exterior. ¿Se trata de algo anormal, de algo grotesco, como está tan pronto a declararlo la gente *seria*?

Conocemos, pues, demasiado bien la topografía de este rostro. Excepto los ojos, que miran intensamente hacia dentro, toda la fisonomía facial de Salvador Dalí avanza hacia afuera. Pero, ¿es que esto es factible, y sobre todo, humanamente factible? Porque, en efecto, el artista y el hombre aislado, esto es el hombre, el verdadero hombre, ese que rehúsa “darse” totalmente a la colectividad, no son otra cosa que introvertidos: unos *ensimismados*, o sea los íntimos verdaderos. Y Dalí, artista sin duda, desdén olímpicamente los ideales de la intimidad y subraya su personalidad exterior, es decir, que se hace a sí mismo *terminus ad quem*. Lo otro es lo que hace el contemplativo, el excéntrico: desatender su propia figura casi siempre inelegante. Al artista de casta, como al intelectual, y al hombre tomado en su esencialidad, les sobrecoge siempre este don de vistosidad; más aún: les mortifica y envenena el alma. De ahí que no resulte contradictorio afirmar que no tienen atracción, porque la tienen sus obras. Ni su porte, ni su vestido son interesantes, refinados, originales. Sin embargo, Dalí crea obras de inequívoco valor artístico y de su alma se reserva para sí amplias porciones. Se dirá que esto de la apariencia y lo que es la persona espiritualmente, por fuera, no tiene importancia. Pero sucede que “la figura del hombre es el mejor texto para cuanto se pueda sobre él sentir y decir” (Stella). ¿Por qué, entonces, tan llamativo, tan fachendoso, tan hombre de paisaje? ¡La vocación de Dalí!, se argüirá. Sí, eso es, su vocación; pero ¿por qué? Hay quien viene al mundo para lucir así, con un destino profundamente diferenciado y natural. Si existe algo claro es esto. Pero ¿por qué?

Ciertamente, consistiría un error fundamental explicar que la actitud pública de Dalí se debe a un deseo incontrolado de ser famoso. Se debía advertir que este pintor se propone ser *un* exótico famoso por puro lujo de crear exotismo. De suerte que entre sus gestos y el deseo de la fama no existe la menor conexión. Solo *a posteriori* de esa necesidad va naciendo su fama que, no obstante o por lo mismo, tanto le ha servido. Por otra parte, si por descuido trivial se nos ocurriera calificar sus acciones y su estampa de realidades tributarias del *dandysmo*, tampoco adelantáramos nada. Toda vez que caeríamos en la cuenta, tras algunos momentos de vacilación, de que en el *dandy*, en rigor, no hay espectáculo, eso que se llama en verdad espectáculo, esto es, una relación activa entre la vida individual y la colectiva. El *dandy*, por el contrario, es y se da en espectáculo a sí mismo. El definitismo *dandysmo* no es como lo colige la opinión mostrenca, la que está al uso para admirar a cualquier torero de fama y miedo. ¡Qué pena no tener tiempo (1) para describir lo que es el *dandy*! Entonces veríamos lo diferente que resulta para el *dandy* ser *dandy*, aunque la palabra haya perdido algo de su vigencia social. Sin embargo, voy a acotar un rasgo absolutamente necesario para mi propósito. Según Jorge Brummel, aquel dios y demonio máximo del *dandysmo*, cuyo refinamiento heroico era verdaderamente indomable, “para ir bien puesto no hace falta llamar la atención”. En fin, en Dalí se nota bien claro esto que podría sacar adelante mediante una paradoja: el creador del Dalí vistoso, el de los mostachos como cuernos de una luna anémica, es el público. Pues de todos modos rehuye que se le tome como un *dandy* o como un hombre ávido de fama. Imagínese la tortura, la perplejidad de este Dalí, desesperado de verse haciendo otra cosa distinta a lo que él

siempre ha hecho en el seno de nuestra sociedad moderna, o sea dentro de esta sociedad democrática, igualitaria y achatada por sus cuatro puntos cardinales: imagínesele, con efecto, haciendo otra cosa distinta a su papel original de Robinson Crusoe. Para entenderlo, creo yo, debemos meternos dentro de su robinsonianismo, y una vez instalados allí, contemplar cómo da grandes brincos —pero nada más— hacia *afuera*, sin preocupación alguna. ¡Es el momento preciso del *gran espectáculo*, el de todo gran solitario: el espectáculo de Nijiski, el pájaro, en *Scherezada*!

Por eso, mucho menos podríamos arrimarle al tipo de hombres que aspiran a diferenciarse por sus sombreros o por sus corbatas, con objeto de compensar una invencible indiferenciación de su personalidad. Esto es, con el propósito de capear —y dicho en términos de la sicología profunda— los efectos de una *enfermedad del sentimiento del propio valer*. Esta aspiración, a no dudar fuente de atracción, emerge de lo más exterior del alma humana. Viendo en esta forma *el caso Dalí*, sería difícil aceptar su diferenciación atractiva, oriunda —para mí— de estratos más profundos. Por lo menos mientras que los que apoyan y explotan su “visaje”, refiriéndolo a una exotiquez y una “elegancia de corbatas llamativas”, no aporten algo fundamental. Siempre he creído ver en Salvador Dalí una cima del alma humana que, desde su soledad creadora, robinsoniana, juega a la ironía. Ciertó; Dalí se da, a mi modo de ver, el lujo de armar sobre su personalidad efectiva —la artística— otra ficticia, inventada por el mismo y que, merced a los misterios de su alquimia, se torna igualmente artística. En definitiva: Dalí se entretiene en ironizar. Dotado de una capacidad de ironía fabulosa, frontera con lo inverosímil, es un burlador nato. Pues todo esto de su estampa —insisto— es una maniobra para lucir socialmente, de tejas para abajo y de puertas para afuera, otra personalidad. Tómesele por donde se le tome y désele los nombres que se quieran: Dalí posee, inventa un segundo Dalí eutrapélico. Así, no hay que buscarle por el camino de lo grotesco, sino por la ruta de la ironía, por tan pocos hollada en el mundo. Y se comprende. La ironía —de raíz griega— permite un ir y venir entre la personalidad sin vuelta de hoja, como diría Díaz-Plaja, y esa otra mágica, paradójica, casi anormal, casi grotesca. Aquel que lo practica se desdobla y retira su íntima persona hacia dentro, dejando sobre el borde de sí mismo otra a modo de decorado, de fantasía y, al fin y al cabo, de señuelo; crea una imagen equívoca, una estampa tallada con todos los perfiles de la ironía y toda la gama de sus voces. Aquí, en esta trastierra individual, está la sombra de algo que se fue, pero que controla, mueve, guía desde lejos como el volatinero a la marioneta. Artificio, informalidad, sombra chinesca, principio de “polichinela”, tentativa de “guignol”.

Si mi pensamiento no es errado, probablemente Dalí sea uno de los últimos ironizadores. Ninguna persona se atrevería ya a desdoblar con la ironía su intimidad. Para eso hace falta a nuestra época seguridad y diferenciación (2). Los hombres de ahora ni siquiera recordamos que la vida era antes lo contrario de esta vacilación contemporánea. Vivir consistía en apoyarse, de una u otra suerte, en un régimen personal, desde el cual el hombre tenía certeza del arriba y del abajo, del grito y del silencio, de la sabiduría y de la prudencia. Mas ahora la implacable duda

de todo y por todo, sumida en este inexorable vivir al día, le deja apenas resquicio sin problema, y esto es enemigo de la ironía con que los burladores se entretienen y entretienen. ¿A quién se le ocurriría hoy evadirse de su personalidad, sin antes saber a donde regresar, puesto que ahora nadie conoce a punto fijo cual es su *ser* efectivo? Por ello, ¿qué saben “de veras” de los secretos de la ironía los contemporáneos de Dalí? Eso es lo fatal, al menos para Dalí: que hoy por hoy no existen sino almas “desaboridas”. Luego ironizar, lo que se llama ironizar, no lo hace nadie. Después de todo, estas almas tienen sus fueros. O ¿es que hay quien cree que está el momento para ironías?

Ahora bien: adviértase lo que nace de acá. Resulta evidente que la ironía —sin apartarme de Dalí— es una cosa que se facilita a trueque de la seguridad. No hay ahora sitio para el *atrezzo* teatral porque es un ensueño quebradizo, es un gesto que parte de lo real a lo ficticio. Se ignora qué es lo real; no existe arco con qué y, ante todo, hacia dónde disparar el dardo. Solo se distinguen las cualidades adjetivas de la ironía, algo así como su *detritus*. No es, pues, accidental, sino esencial, que ante Salvador Dalí apenas, se pueda interceptar su matiz que, a fuer de secundario, se confunde con el ridículo. De tal suerte que, frente a su entusiasmo irónico, fluye una corriente de incomprensión y de inadaptación. Si nuestra acomodación visual fuera adecuada, veríamos su exquisita ironía. Pero en nuestra época este proceso llega a un punto en que el contenido eutrapélico se hace tan nulo que radicalmente no se percibe, o mejor todavía, se percibe bajo la especie de lo grotesco. Nótese bien lo absurdo del caso. En vez de burlador se convierte en incomprendido, en fuente de ladina curiosidad, es decir, en burlado. ¡Irónico destino! Es que las épocas masivas hacen la burla, en burla, sin permitir que nadie se burle. Salvador Dalí... burlador burlado.

Y aquí, lector, es el momento de que usted confirme si mis ideas sobre Dalí son exactas o no. Sin duda podrá, como yo, hallar en este libro casi autobiográfico las pautas necesarias. Pues le pido recuerde: en ningún momento deseo robarle al lector el goce de la lectura adánica, la lectura original: la verdadera lectura. ¿No radica acaso su secreto en ser, como en el amor, *terra de lonh*? (3).

NOTAS

(1) A primera vista lo que ahora sobra es tiempo. Pero no hay tal. Nuestro tiempo, este de que disponemos, poco o mucho, conserva un ritmo —disciplinado y común— impuesto desde fuera. Es decir, que se trata de un *tiempo cantidad*, que aprisiona la vida cotidiana y la hace rítmica. La falta, pues, de tiempo a que aludo es muy otra: es falta de *libertad de tiempo*, dentro de la cual la meditación resulte una verdadera incubación aperiódica. En esta la meditación se encuentra a sí misma, no encadenada a un ritmo que actúa de golpe y uniforme, de modo casi hipnótico, sino flotando en un tiempo arbitrario, arrítmico y personal. Una idea próxima de aquella libertad de tiempo es la que acompaña al hombre cuando se encuentra en un viaje, como el que, en esta misma columna o sección, describí por tierras de Boyacá.

(2) Sin darse cuenta el hombre contemporáneo se halla instalado en una red férrea de situaciones que lo esterotipia. Movimientos, gestos acompañantes de la palabra, modos de andar, actitudes, etc., son cada vez más uniformes y más servilmente imitados. El radio, la televisión, la revista ilustrada, el cine, el periódico son a este respecto grandes martillos que aplastan cualquier originalidad fuera del sistema. Gesto, postura, sonrisa únicos. Y con ellos tenemos que vivir, sea aceptándolos, sea polemizando contra ellos.

(3) La cita por lo que hace al amor pertenece a Geoffroi Rudal.